

Profundidad, universalidad y ministerio académico:

Desafíos a la educación superior jesuita de hoy

Adolfo Nicolás, S.J.

Superior General de la Compañía de Jesús

Observaciones sobre “Red jesuita de educación superior: forjemos el futuro para un mundo humano, justo y sostenible”
México – 23 de abril de 2010

ME SIENTO MUY FELIZ DE ESTAR CON USTEDES ESTA MAÑANA, EN ESTA MEMORABLE OCASIÓN EN QUE COMO COLEGAS DE LAS APROXIMADAMENTE **200** INSTITUCIONES DE EDUCACIÓN SUPERIOR QUE FUNCIONAN BAJO LA BANDERA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS NOS REUNIMOS AQUÍ PARA ANALIZAR LA IMPORTANCIA DE LA EDUCACIÓN JESUITA Y SU FUTURO. Me es grato darles la bienvenida a todos ustedes, colaboradores de la misión y el ministerio de la Compañía, jesuitas, amigos de la Compañía y de las instituciones jesuitas de educación superior, al igual que cualquier estudiante que pueda estar presente. Agradezco al Padre José Morales, presidente de la Universidad Iberoamericana, y su personal por la hospitalidad brindada y los extraordinarios esfuerzos realizados para garantizar la organización de esta conferencia. Por último, les agradezco a todos por participar en la educación superior de la compañía y en esta conferencia, que algunos de ustedes empezaran antes de su llegada al escribir excelentes trabajos que sirvieron para estimular nuestras discusiones.

¿Cuál es el reto que plantea este nuevo contexto para reorientar la misión de la educación superior jesuita?
--

Con el objeto de simplificar el idioma, utilizaré “universidades” cuando me refiera a la amplia gama de instituciones de educación superior representadas en esta asamblea, que abarcan desde centros de investigación especializada hasta institutos técnicos y universidades, algunas de gran tamaño y complejidad.

En los últimos dos años como Superior he viajado a muchas partes del mundo para reunirme con jesuitas y colaboradores nuestros. Siempre he recalcado que estoy interesado, en realidad *más* interesado, en escuchar y aprender que en hablar desde las sublimes – y míticas – alturas de Borgo Santo Spirito 4. Vengo con ese mismo espíritu de diálogo a esta reunión sobre la educación superior en las instituciones de la Compañía. Ayer, cuando escuchaba su discusión sobre los retos regionales y los desafíos que representan las tres fronteras, temática que decidieron abordar, pude observar que ya han tratado muchos de los “graves problemas contemporáneos” que el Papa Juan Pablo II identificó para nosotros en su constitución apostólica, *Ex Corde Ecclesiae*, y que lo hacen con la profundidad de pensamiento, imaginación, pasión moral y convicción espiritual que caracteriza lo mejor de la educación católica y jesuita.

Por consiguiente, lo que deseo compartir esta mañana debe tomarse como el aporte de mi perspectiva a lo que espero sea un diálogo constante y cada vez más profundo sobre el futuro de la educación superior jesuita. Mi propia experiencia es que el personal universitario, en especial los presidentes, no son tímidos a la hora de compartir sus puntos de vista, así es que confío en que al seguir analizando aspectos importantes, sus conversaciones serán, cuando menos, dinámicas y profundas.

Profundidad, universalidad y ministerio académico:

Desafíos actuales a la educación superior jesuita

El tema de nuestra conferencia, *Red jesuita de educación superior: forjemos el futuro para un mundo humano, justo y sostenible*, supone una propuesta audaz. Indica que hoy tenemos una oportunidad extraordinaria de contribuir a forjar el futuro, no sólo de nuestras propias instituciones sino del mundo, y que la forma de hacerlo es a través de “redes”. El término “redes”, utilizado con tanta frecuencia en estos días es, en realidad, típico del “nuevo mundo” en el que vivimos, un mundo cuya “principal característica nueva” es la que el Papa Benedicto XVI llama “la explosión de la interdependencia a escala mundial, comúnmente conocida por globalización”¹.

La XXXV Congregación General también observó que nuestra interconexión es el nuevo contexto para entender el mundo y discernir nuestra misión. Estoy consciente de que el término “globalización” tiene varios significados y provoca distintas reacciones en personas de culturas diversas. Se ha analizado extensamente tanto los rasgos positivos como los efectos negativos de la globalización, así es que no necesito reexaminarlos aquí. Lo que deseo es más bien invitarlos a reflexionar juntos sobre cómo este nuevo contexto nos plantea el desafío de reorientar en cierto sentido la misión de la educación superior jesuita.

Ustedes representan tipos muy diferentes de instituciones en todas partes del mundo, atienden a estudiantes, regiones y países cuyas culturas, religiones y recursos tienen amplias divergencias, y desempeñan una función local y regional distintiva. La cuestión relativa al desafío que plantea la globalización para la misión de educación superior jesuita es a todas luces algo que cada institución debe responder en su respectivo contexto social, cultural y religioso específico. Sin embargo, deseo resaltar que también se trata de un interrogante cuya respuesta debe ser común y universal y, por supuesto, inspirada en la diversidad cultural que refleja la perspectiva de cada uno de ustedes y de la educación superior jesuita en su conjunto como sector apostólico.

¿Por qué entonces este nuevo contexto de globalización, con todo y las emocionantes posibilidades y graves problemas que ha traído a nuestro mundo, plantea el desafío de que la educación superior jesuita redefina o, por lo menos, reoriente su misión? Me gustaría invitarlos a considerar tres desafíos distintos pero relacionados con nuestra misión compartida que esta nueva “explosión de interdependencia” nos plantea. Primero, promover profundidad de pensamiento e imaginación; segundo, redescubrir y poner en práctica nuestra “universalidad” en el sector de la educación superior jesuita; y tercero, renovar el compromiso jesuita con el ministerio académico.

I. Promover profundidad de pensamiento e imaginación

Empezaré por hablar con toda franqueza sobre lo que considero un efecto negativo de la globalización, al que llamaré globalización de la superficialidad. Se me ha dicho que soy el primer Superior General de los jesuitas que utiliza correo electrónico y navega en la Web, por eso confío en que no se interpretará lo que diga como falta de aprecio por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, y sus muchos aportes positivos y posibilidades.

Sin embargo, pienso que todos ustedes han experimentado lo que llamo globalización de la superficialidad y cómo ésta afecta profundamente a los miles de jóvenes cuya educación nos han confiado. Cuando se puede acceder a gran cantidad de información con tanta rapidez y facilidad; cuando uno puede expresar y dar a conocer sus propias reacciones en todo el mundo de una manera tan inmediata e irreflexiva en su *blog* o *microblog*; cuando la última columna de opinión del *New York Times* o *El País*, o el último video viral se puede distribuir con tanta rapidez a personas que están en la otra mitad del mundo, forjando así sus percepciones y sentimientos, entonces con frecuencia se interrumpe el laborioso y minucioso trabajo de pensar con seriedad y sentido crítico.

Uno puede “cortar y pegar” sin necesidad de pensar críticamente, escribir con precisión, o llegar a sus propias conclusiones después de un cuidadoso análisis. Cuando las bellas imágenes de los mercaderes de sueños de consumidores inundan nuestras pantallas de computadora, o cuando se pueden acallar los feos y desagradables sonidos del mundo con un MP3, entonces la visión y percepción de la realidad, los deseos que se tienen también pueden ser superficiales. Cuando se puede hacer “amistad” con tanta rapidez y facilidad con simples conocidos o perfectos desconocidos a través de redes sociales, y si se puede fácilmente “quitarle la amistad” a otros sin encuentros difíciles o, de ser necesario, confrontaciones y luego reconciliaciones, entonces las relaciones también se pueden volver superficiales.

Más y menos

Con el objeto de ilustrar los beneficios y peligros de la tecnología para la educación, el Padre Nicolás compartió una anécdota de mediados de los años noventa, cuando era provincial en Japón. “Un par de profesores jesuitas de la Universidad de Sofía me dijeron: ‘El Internet es maravilloso. Se puede obtener tanta información tan rápida y fácilmente’. No obstante, también cada uno señaló ‘debo confesar que ahora leo menos, pienso menos y paso menos tiempo discerniendo qué hacer’. Si los profesores dicen esto ¿qué podemos decir de los estudiantes?”

Cuando uno se siente abrumado y mareado por la pluralidad de decisiones, valores, creencias y visiones de la vida, entonces se puede caer con gran facilidad en la superficialidad perezosa del relativismo o en simple tolerancia de otros y sus opiniones, en vez de esforzarse por formar comunidades de diálogo en la búsqueda de verdad y entendimiento. Es más fácil seguir instrucciones que estudiar, orar, arriesgarse o determinar qué decisión tomar.

Pienso que los desafíos que plantea la globalización de la superficialidad – superficialidad de pensamiento, visión, sueños, relaciones y convicciones – a la educación superior jesuita necesitan un análisis más a fondo, reflexión y discernimiento que no hay tiempo para abordar esta mañana. Todo lo que deseo señalar aquí es mi preocupación de que las nuevas tecnologías, junto con los valores subyacentes como el relativismo moral y el consumismo, forjen los mundos interiores de tantos, sobre todo de los jóvenes que educamos, lo cual impide que florezcan a plenitud como personas y limita sus respuestas a un mundo que necesita sanar intelectual, moral y espiritualmente.

“Las personas pierden la capacidad de tratar con la realidad; éste es un proceso de deshumanización que puede ser gradual y silencioso, pero muy real”.

Necesitamos entender con mayor profundidad e inteligencia este nuevo y complejo mundo interior creado por la globalización para que podamos responder de una manera adecuada y decisiva como educadores, a fin de contrarrestar los efectos nocivos de esta superficialidad. Un mundo de superficialidad globalizada de pensamiento significa un reino sin oposición de fundamentalismo, fanatismo, ideología y todos esos escapes del pensamiento que causan sufrimiento a tantas personas. Las percepciones superficiales y egocéntricas de la realidad hacen casi imposible sentir compasión por el sufrimiento de otros, las personas se contentan con satisfacer los deseos inmediatos, y la pereza de responder a las exigencias que compiten por nuestra más profunda fidelidad produce incapacidad de comprometerse a dar su vida por algo que realmente valga la pena. Estoy convencido de que estos tipos de procesos traen consigo la deshumanización que estamos empezando a experimentar. Las personas pierden la capacidad de tratar con la realidad, es decir, un proceso de deshumanización que puede ser gradual y silencioso, pero muy real. La gente pierde su hogar mental, su cultura, sus puntos de referencia.

La globalización de la superficialidad constituye un desafío para la educación superior jesuita en el sentido que es menester promover nuevas formas creativas de aquellas características que distinguen la tradición ignaciana como profundidad de pensamiento e imaginación.

¿Por qué no nos conocemos?

“Estoy seguro de que conocen casos similares a los que he visto” señaló el Padre Nicolás “de jóvenes que se relacionan a través de celulares y así hacen amistad; tienen varios amigos como éstos. Aunque nunca lleguen a conocerse, siempre se hablan por teléfono. De repente, un buen día alguien siente que las cosas se han profundizado lo suficiente y sugiere: “¿Por qué no nos conocemos?” En ese momento, el otro termina el contacto porque conocerse trae problemas. Por lo tanto, mantenemos las relaciones a un nivel superficial, lo cual es una falla grave en nuestras relaciones modernas.

Crear en algo

“Un profesor de filosofía en Estados Unidos me dijo” nos cuenta el Padre Nicolás “que entre sus estudiantes prefiere tener un comunista, ateo o musulmán convencido que alguien sin convicciones, para quien todo es lo mismo, porque no pueden aprender filosofía. No tienen nada que proteger, nada que discutir, nada que los coloque en una posición de aprender. Todo es igual de irrelevante”.

No tengo ninguna duda de que todas nuestras universidades se caracterizan por su búsqueda de excelencia en la enseñanza, aprendizaje e investigación. Deseo poner esta idea en el contexto de la tradición ignaciana de “profundidad de pensamiento e imaginación”, lo cual significa que tenemos por objeto llevar a nuestros estudiantes más allá de la excelencia de la educación profesional para convertirlos en “personas solidarias en su totalidad” como señalaba el Padre Kolvenbach². Quizá puedo explicar mejor lo que quiero decir al reflexionar un poco sobre la “pedagogía” en las contemplaciones de los misterios de la vida de Jesús en los ejercicios espirituales, cuya pedagogía Ignacio aplicó posteriormente a la educación jesuita.

Podríamos llamar a esta “pedagogía” de contemplación ignaciana, el ejercicio de la imaginación creativa. La imaginación funciona en colaboración con la memoria, como hemos aprendido de los ejercicios. El término español utilizado para los actos de la facultad de la memoria – *rememorar* – es muy pertinente.

Imagine un gran rompecabezas con su rostro en el centro. Ignacio nos pide romperlo en pequeñas piezas, es decir, DESmembrarlo antes de rememorar. Por eso es que Ignacio diferencia entre ver y escuchar, tocar, saborear, oler y así sucesivamente. Empezamos a REMemorar, a través de una imaginación activa y creativa, para reconstruirnos al reconstruir las escenas de Belén, de Galilea, de Jerusalén. Empezamos el proceso de REcrear y en este proceso REMemoramos. Es un ejercicio. Al final del proceso – cuando se vuelva a formar el rompecabezas – el rostro ya no es el nuestro sino el de Cristo porque estamos reconstruyendo algo distinto, algo nuevo. Este proceso se traduce en nuestra transformación personal cuando se encuentra la realidad más profunda del amor de Dios en Cristo.

“Profundidad de pensamiento e imaginación en la tradición ignaciana supone una profunda interacción con lo real.”

La imaginación ignaciana es un proceso creativo que llega a las profundidades de la realidad y empieza a recrearla. La contemplación ignaciana es una herramienta muy poderosa, es un desplazamiento del lado izquierdo al lado derecho del cerebro. Sin embargo, es fundamental entender que *imaginación* no es lo mismo que *fantasía*. Fantasía es un escape de la realidad a un mundo en el que creamos imágenes por el gusto de crear diversidad de imágenes. La imaginación *aprehende* la realidad.

En otras palabras, la profundidad de pensamiento y la imaginación en la tradición ignaciana supone una profunda interacción con lo real, una renuencia a dejar de pensar hasta llegar a lo subyacente. Es un análisis cuidadoso (desmembrar) con el propósito de llegar a una integración (rememorar) de lo más profundo: Dios, Cristo, el Evangelio. De ahí que el punto de partida sea siempre lo que es real: lo que se piensa material y concretamente que está allí; el mundo como lo encontramos; el mundo de los sentidos tan vívidamente descrito en los propios Evangelios; un mundo de sufrimiento y necesidad, un mundo destrozado con muchas personas destrozadas que necesitan sanar. Partimos de aquí. No huimos. Luego, Ignacio nos guía como estudiantes de la educación jesuita, al igual que hizo con sus retirantes, para ingresar a las profundidades de esa realidad. Más allá de lo que se puede percibir más inmediatamente, nos guía para ver la presencia oculta y acción de Dios en lo que se puede observar, tocar, oler, sentir. Ese encuentro con lo que es más profundo cambia a la persona.

Hace varios años, el Ministerio de Educación de Japón realizó un estudio que determinó que la educación moderna japonesa había hecho grandes avances en ciencia y tecnología, matemáticas y memorización. No obstante, su honesta evaluación fue que el sistema educativo se había debilitado en la enseñanza de imaginación, creatividad y análisis crítico, los cuales son de importancia fundamental para la educación jesuita.

La creatividad puede ser uno de los aspectos más necesarios en los tiempos actuales, creatividad real no es simplemente seguir consignas o repetir lo que escuchamos o lo que vemos en Wikipedia. La creatividad real es un proceso activo y dinámico para encontrar respuestas a preguntas verdaderas, encontrar opciones a un mundo infeliz que parece ir en direcciones que nadie puede controlar.

Formar la imaginación

Como educadores ¿por qué debemos valorar los clásicos? preguntó el Padre Nicolás. “En un estudio sobre educación, una referencia a San Ignacio señalaba que él apoyaba la educación con los clásicos porque éstos forman la imaginación” dijo. “Por supuesto, lo que se consideraba un clásico en el siglo XVI pudiera parecernos un tanto desconocido ahora; sin embargo, el desafío sigue vigente. Si los clásicos forman la imaginación, los necesitamos. Quizá la pregunta hoy día sea ¿dónde buscamos a los clásicos? ¿Grecia y Roma siguen siendo estos sitios? O ¿podemos buscar en China, Japón e India? ¿Podemos buscar a los clásicos de las comunidades indígenas en distintas partes del mundo, como África, América Latina o en otras partes? Lo que necesitamos es abrir la mente humana en toda su amplitud. Eso es algo que los clásicos nos ayudaron a realizar en el pasado y es algo que debemos seguir preguntándonos”.

Cuando daba clases de teología en Japón, pensaba que era importante empezar por la teología pastoral, la experiencia básica, porque no podemos pedirle a una comunidad que ha sido educada y criada en una tradición distinta que empiece por la teología especulativa. No obstante, al abordar la teología pastoral, me sentí especialmente intrigado por la creatividad: ¿Qué hace creativo a un pastor? me preguntaba. Me di cuenta de que con mucha frecuencia aceptamos dilemas donde no los hay. De vez en cuando enfrentamos un verdadero dilema: no sabemos qué decidir y cualquier decisión que tomemos va a estar equivocada, pero esas situaciones son muy, muy raras. Muchas veces hay situaciones que parecen ser dilemas porque no pensamos con creatividad y nos damos por vencidos. La mayoría de las veces hay una salida, pero se requiere hacer un esfuerzo de imaginación. Se requiere habilidad para ver otros modelos, otros patrones.

Espiritualidad y transformación

Al reflexionar sobre distintas interpretaciones de espiritualidad, el Padre Nicolás señaló “es interesante ver que dentro del conjunto de lo que llamamos ‘espiritualidad oriental’, el Medio Oriente, espiritualidad es toda transformación. Es divinización y algo que no se reduce a lo religioso sino a toda la comunidad. Por eso es que a veces dicen, sin entender a cabalidad la Iglesia latina, que no tienen religiones y no las necesitan, porque la espiritualidad del Evangelio es para todos. Tienen razón en eso. El asunto es que podríamos sentarnos y hablar un poco más de otros aspectos...”.

Al estudiar ese tema, encontré que era de especial utilidad un concepto creado por psicólogos: la conciencia flotante. Los psicólogos estudian a Sigmund Freud, Erich Fromm y otros de diferentes escuelas de psicología para desarrollar lo que llaman “conciencia flotante”. Cuando los psicólogos encuentran a un paciente y diagnostican a la persona, escogen distintos métodos de ayudar y deciden sobre el proceso que va a ayudar más. Pienso que esto es exactamente lo que un padre espiritual haría. Y quisiera que tuviéramos esta conciencia flotante cuando celebramos la liturgia, es decir, la habilidad de ver a la comunidad y aprehender lo que necesita ahora. Es asimismo un concepto muy útil cuando se trata de educación.

Se me ocurre que tenemos problemas en la formación de la Compañía porque quizá nuestra conciencia flotante no esté tan bien desarrollada. Durante unos 20 años hemos venido recibiendo vocaciones en la Compañía de grupos que antes no teníamos: los grupos tribales, los dálit en India, y otras comunidades marginales. Los hemos recibidos con alegría porque hemos llegado a los pobres y los pobres se nos han unido. Ésta es una maravillosa forma de diálogo.

Pero también nos hemos sentido un poco limitados: ¿Cómo se forma a estas personas? Pensamos que no tienen suficiente formación educativa, así es que les damos uno o dos años extra de estudios. No creo que ésta sea la respuesta correcta. Lo correcto es preguntarse: ¿De dónde vienen? ¿Cuál es su contexto cultural? ¿Qué tipo de interpretación de la realidad nos traen? ¿Cómo entienden las relaciones humanas? Tenemos que acompañarlos de una manera distinta, pero para esto necesitamos tremenda imaginación y creatividad, estar abiertos a otras maneras de ser, de sentir, de relacionarnos.

Acepto que la dictadura del relativismo no es buena, pero muchas cosas son relativas. Si algo aprendí en Japón es que la persona humana es un misterio tal que nunca podemos aprehenderla en su totalidad. Tenemos que movernos con agilidad, con la mente abierta, alrededor de distintos modelos para que podamos ayudarle. Considero que éste es un desafío central con respecto a la educación.

Nuestras universidades enseñan ahora a una población que no sólo es diversa en sí misma sino totalmente distinta de la generación anterior. Con el cambio generacional y cultural, la mentalidad, los interrogantes y las inquietudes son tan distintos. Así que no podemos ofrecer sólo un modelo de educación.

Como ya dije, el punto de partida siempre será lo real. Dentro de esa realidad buscamos cambios y transformación porque esto es lo que Ignacio deseaba de los retirantes y lo que deseaba a través de la educación, a través del ministerio: que los retirantes y otros pudieran ser transformados.

Asimismo, la educación jesuita debería cambiarnos a nosotros mismos y a nuestros estudiantes. Nosotros los educadores estamos en un proceso de cambio. No hay encuentro real, profundo que no nos cambie. ¿Qué tipo de contacto tenemos con nuestros estudiantes si no cambiamos? El significado de cambio en nuestras instituciones es “en qué se convierten nuestros estudiantes”, lo que valoren y lo que hagan más tarde en su vida y en el trabajo. En otras palabras, en la educación jesuita la profundidad de la enseñanza y la imaginación abarca e integra rigor intelectual con reflexión sobre la experiencia de la realidad, junto con la imaginación creativa para trabajar en la construcción de un mundo más humano, justo, sostenible y lleno de fe. La experiencia de la realidad incluye un mundo destrozado, en particular el mundo de los pobres, que espera sanar. Con esta profundidad también somos capaces de reconocer la intervención de Dios en el mundo.

Sólo imaginen los miles de graduados que egresan de nuestras universidades jesuitas todos los años. ¿Cuántos de los que dejan nuestras instituciones lo hacen con competencia profesional y la experiencia de haber adquirido, de alguna manera durante su tiempo con nosotros, una profundidad de interacción con la realidad que los transforma hasta lo más profundo de su ser? ¿Qué más debemos hacer para asegurarnos de que no estamos simplemente poblando el mundo de brillantes y capaces superficialidades?

¿Qué hace falta en nuestro liderazgo?

Uno de los presentadores en la ciudad de México era Chris Lowney, autor de *Liderazgo Heroico: Mejores prácticas de una compañía de 450 años que cambiaron el mundo*. Al evaluar algunos de los desafíos que enfrenta la Compañía, el Padre Nicolás contó una historia que ocurrió en Filipinas cuando él y Lowney daban charlas en Manila. “Después de la brillante presentación de Lowney sobre lo buenos que somos en liderazgo” dijo el Padre Nicolás “un jesuita preguntó: ‘¿Nos puede decir también algo acerca de lo que hace falta en nuestro liderazgo?’ Lowney muy amablemente evadió la pregunta, pero el jesuita insistió “Díganos qué falta porque también necesitamos saberlo, no sólo lo que es bueno”. “Lowney dijo, bueno, ya que lo pregunta, lo que nos hace falta a veces en el liderazgo jesuita son dos cosas. Una es un sentido de urgencia y segundo, es la capacidad y la voluntad de someternos a evaluaciones y medir esas evaluaciones’.

“Una confirmación de eso” dijo el Padre Nicolás “es que recibo muchas propuestas de proyectos en Roma, pero raras veces vienen acompañadas de un presupuesto. Los jesuitas son muy buenos para pensar. Quieren hacer cosas. Son muy generosos. Sin embargo, el desafío es ser realistas y capaces de dar seguimiento a nuestro trabajo con alguna forma de medición, que no es una medición mecánica. Siempre son los frutos humanos y con frecuencia espirituales los que debemos medir.

“Si nuestros estudiantes se transforman o no, es algo que también debe evaluarse. ¿Cómo se desempeñan después? No sólo si siguen elogiando a los jesuitas, sino si colaboran cuando tratamos con la fe y la justicia. ¿Colaboran cuando algunos de los temas con los que trabajamos acarrear conflictos con el gobierno, cuando éstos pueden provocar una reducción de las utilidades que obtienen en las compañías?

II. Redescubrimiento de la universalidad

Me gustaría abordar ahora un segundo desafío que plantea el nuevo mundo globalizado a la educación superior jesuita. Uno de los aspectos más positivos de la globalización es que en realidad ha hecho posible la comunicación y la cooperación con una facilidad y a una escala que era inimaginable hace tan sólo una década. El Santo Padre, en su alocución a la XXXV Congregación General describía nuestro mundo como uno en “el que la comunicación entre los pueblos es más intensa, donde hay nuevas posibilidades de relacionarse y dialogar, y donde hay un deseo profundo de paz”. Los desafíos que ha planteado la globalización a los límites tradicionales, ha llevado a redefinir y ampliar nuestra estrecha comprensión de identidad, pertenencia y responsabilidad. Ahora más que nunca vemos que con toda nuestra diversidad somos en realidad una sola humanidad que enfrenta desafíos y problemas comunes. Como se planteó en la XXXV Congregación General “tenemos la responsabilidad común de procurar el bienestar del mundo entero y su desarrollo de una manera sostenible y que da vida”³. Las realidades positivas de la globalización nos brindan, junto con este sentido de pertenencia y responsabilidad comunes, numerosos medios para trabajar juntos si somos creativos y tenemos suficiente valor para usarlos.

En el mundo universitario de hoy, sé que muchos entre ustedes experimentan esta ruptura de los límites tradicionales en la demanda contemporánea que internacionalizan a fin de que se les reconozca como universidades de calidad, y con toda la razón. Muchos entre ustedes ya han abierto con éxito recintos fuera del país o filiales, o han establecido hermanamientos o programas transfronterizos que permiten a los estudiantes o miembros del claustro de profesores estudiar o trabajar en el extranjero, conocer y apreciar otras culturas, y aprender de y con personas de distintas culturas.

Cuando viajo, con frecuencia se me pregunta por qué se ha reducido el número de jesuitas dedicados de lleno a trabajar en centros sociales o en un apostolado social, pues somos mucho menos numerosos que antes. Es cierto, pero también hay menos jesuitas en nuestras escuelas. Y sin embargo, tenemos al mismo tiempo más programas de relevancia social que antes en nuestras universidades y colegios. Cuando visité California el año pasado – mi primera visita a Estados Unidos – me sentí muy animado al ver que en todos nuestros colegios había programas de extensión, una ampliación de horizontes al llevar a estudiantes a otros países, a otros continentes, para agudizar su conciencia y sus inquietudes.

Asimismo, han logrado acoger a estudiantes internacionales en sus universidades y no cabe duda de que todas estas relaciones y experiencias transculturales enriquecen la calidad del saber académico y la enseñanza en sus instituciones, además de que les ayudan a aclarar su propia identidad y misión como universidades católicas, jesuitas. La internacionalización contribuye a mejorar sus universidades.

Sin embargo, no es éste el aspecto que deseo enfatizar en este momento. Lo que deseo destacar emana de sus discusiones de ayer. Desglosaré mi argumento en tres puntos.

Primero, estoy seguro de que todos ustedes concuerdan con el Papa Juan Pablo II, quien en su *Ex Corde Ecclesiae* señala que además de calidad de enseñanza e investigación, también se exige que todas las universidades católicas se conviertan en un instrumento eficaz y responsable de progreso tanto para personas como para la sociedad en su conjunto⁴. Todo ministerio es para Ignacio crecimiento y transformación. No estamos hablando de progreso en términos materiales sino del progreso que supone que la persona atraviesa una serie de experiencias, aprende de cada una de ellas y crece a raíz de éstas. Sé que toda universidad jesuita, aun cuando sea de distintas maneras, persigue convertirse en lo que Ignacio Ellacuría, el rector jesuita de la Universidad Centroamericana Simeón Cañas, martirizado hace 20 años, llamaba proyecto social. Una universidad se vuelve un proyecto social. Cada institución aquí representada, con sus ricos recursos de inteligencia, conocimiento, talento, visión y energía, impulsada por su compromiso al servicio de la fe y la promoción de la justicia, busca insertarse en la sociedad no sólo para formar profesionales sino también para convertirse en una fuerza cultural que abogue por y promueva la verdad, la virtud, el desarrollo y la paz en la sociedad. Podríamos decir que cada universidad está comprometida a *caritas in veritate* –promover amor y verdad – verdad que surge de la justicia, en nuevas relaciones y otras. Estaríamos aquí todo el día si fuera a enumerar todo lo que ustedes hacen por sus regiones o países, todos los programas e iniciativas de educación pública, salud, vivienda, derechos humanos, paz y reconciliación, protección del medio ambiente, microfinanzas, respuesta a desastres, gobernanza, diálogo interreligioso y similares.

Segundo, sin embargo hasta el momento lo que vemos por lo general es cada universidad, cada institución, trabajando como un proyecto social por su cuenta, o cuando mucho con una red nacional o regional. Creo que

así no se obtiene suficiente provecho de lo que nuestro nuevo mundo globalizado nos ofrece como posibilidad para brindar mayores servicios. Se habla de las universidades jesuitas o del sistema de educación superior. La gente reconoce “similitudes familiares” entre Comillas en Madrid y Sanatadharman Jogjakarta, entre la Universidad Javeriana en Bogotá y Loyola en Chennai, entre la de St Peter en Jersey City y St Joseph en Beirut, pero en realidad sólo hay una inspiración ignaciana en común en vez de una “red de universidades jesuitas”: cada una de nuestras instituciones funciona con relativa autonomía respecto de la otra y por consiguiente, el impacto de cada una como proyecto social es limitado. La XXXV Congregación General observó que “en este contexto global, es importante destacar el extraordinario potencial que poseemos como organismo internacional y multicultural”⁵. Me parece que hasta ahora no hemos hecho uso pleno de este “extraordinario potencial” de servicio “universal” como instituciones de educación superior. Pienso que éste es precisamente el enfoque de muchas de sus ponencias e inquietudes expuestas aquí.

Lo anterior me lleva a mi tercer y principal punto: ¿No podemos ir más allá de las relaciones informales de familia que ahora tenemos como instituciones, reimaginar y reorganizarnos para que podamos hacer realidad con más eficacia la universalidad que siempre ha sido parte de la visión ignaciana de la Compañía en este mundo globalizado? ¿No es éste el momento de movernos en esa dirección? No cabe duda de que las palabras utilizadas por la XXXV Congregación General para describir la Compañía de Jesús en su conjunto se aplican también a las universidades jesuitas alrededor del mundo.

“El nuevo contexto de globalización nos exige actuar como un organismo universal con una misión universal, que hace realidad al mismo tiempo la diversidad radical de nuestras situaciones. Es como una comunidad mundial, y simultáneamente como una red de comunidades locales, que buscamos servir a otros en todo el mundo”⁶.

Para ser concreto, si bien existen organizaciones regionales de cooperación entre las universidades jesuitas, creo que el desafío es ampliarlas y construir redes internacionales más eficaces y universales de educación superior jesuita. Si cada universidad, que trabaja por su cuenta como un proyecto social, es capaz de lograr tanto bien en la sociedad ¿cuánto más podemos aumentar el alcance de nuestro servicio al mundo si todas las instituciones jesuitas de educación superior se convierten, por decirlo así, en un único proyecto social de carácter mundial? De este modo, ya se está expandiendo la conciencia que ustedes y todos nosotros tenemos.

Antes de llegar aquí, me reuní con los provinciales de África en Roma y algunos provinciales de América Latina también estaban de paso. Un par de ellos mencionó “Puesto que usted va a México para esta reunión ¿podría decirles a los directores, decanos y universidades que *compartan* sus recursos? Sería de gran, gran ayuda para nosotros que apenas empezamos nuestras instituciones, si pudiéramos acceder a las bibliotecas y recursos que ofrecen en universidades con tradición, conocimientos y recursos que no están a nuestro alcance”.

Como saben, la Compañía de Jesús dejará de tener un instituto histórico en Roma y creará filiales o pequeños institutos históricos en todo el mundo. Espero que estas filiales puedan establecer una red porque éste es el momento de que cada cultura, cada grupo tenga voz sobre su propia historia, y no sean los europeos quienes interpreten la historia de todo el mundo. En Roma vamos a trabajar en nuestros propios archivos para copiarlos, digitalizarlos y hacer lo que podamos para compartirlos con otros centros. Asimismo, sería un servicio tremendo si las universidades que poseen formidables recursos de materiales, bibliotecas y otros los abrieran a las universidades que no podrían construir una biblioteca en diez años.

La presencia suya en esta conferencia indica su apertura a una dimensión más universal para su vida y servicios como universidades. Mi esperanza, sin embargo, es que podamos pasar de conferencias y discusiones como las que tuvimos ayer para establecer consorcios operativos entre nuestras universidades, centrados en responder juntos a los “desafíos de fronteras” de nuestro mundo, cuya naturaleza sea supra nacional o supra continental. Los tres grupos de discusión en los que participaron ayer podrían servir como punto de partida para estos tres consorcios.

Primero, un consorcio para confrontar con creatividad el desafío del surgimiento de “nuevos ateísmos” agresivos. En Europa no se utiliza este término sino “nuevo secularismo agresivo” y es muy anticlerical. Lo interesante es que Japón ha sido secular por 300 o 400 años, con una total separación entre Iglesia y Estado, pero su secularismo es pacífico y respetuoso de las religiones. En Europa he encontrado un secularismo muy agresivo, nada pacífico. El secularismo sin paz tiene que ser contrario a algo o alguien. ¿Cómo hemos llegado a eso? Lo podemos observar en especial en países que han sido muy católicos, como España, Italia e Irlanda. Allí el secularismo se manifiesta en contra de la presencia histórica de una Iglesia que era muy poderosa e

influyente; sin embargo, estos nuevos ateísmos no están confinados a los países industrializados del norte y occidente sino que afectan otras culturas y fomentan un distanciamiento más generalizado de la religión, a menudo generado por falsas dicotomías establecidas entre ciencia y religión.

Segundo, un consorcio centrado en análisis más adecuados y soluciones más eficaces y duraderas a la pobreza, desigualdad y otras formas de injusticia en el mundo. En mis viajes, una pregunta recurrente es ¿cuáles son los desafíos que enfrenta la Compañía? La única respuesta es los desafíos del mundo. No hay otros. El desafío es la búsqueda de sentido ¿vale la pena vivir la vida? Y los desafíos que plantean la pobreza, la muerte, el sufrimiento, la violencia y la guerra. Éstos son nuestros desafíos ¿qué podemos hacer?

Y tercero, un consorcio centrado en nuestras inquietudes compartidas acerca de la degradación del medio ambiente en el mundo, que afecta más directa y dolorosamente las vidas de los pobres, a fin de permitir un futuro más sostenible para nuestro mundo.

Este tercer consorcio podría aprovechar la red ecológica ya establecida bajo la dirección de la Secretaría de Justicia Social y Ecología de la *Curia Generalizia*. Hemos sido bendecidos con un Secretario muy imaginativo y activo que está aquí. Y ahora estamos creando una sección sobre justicia social y ecología, de modo que también sería un punto de referencia para el trabajo de redes.

Permítanme terminar esta sección recordándoles que Ignacio llegó a comprender muy tarde que las universidades como tales podían servir para que la Compañía de Jesús cumpliera su misión en la Iglesia. Lo que resulta sorprendente es que Ignacio explica con claridad en las Constituciones por qué le atrajo la idea de lo que él llama “universidades de la Compañía”: la Compañía de Jesús acepta “encargarse de universidades” para que los “beneficios” de “mejorar la enseñanza y las condiciones de vida...se extiendan más universalmente”⁷. El bien más universal es lo que empuja a Ignacio a aceptar la responsabilidad de las universidades. Entonces, con todos los medios que la globalización hace posibles, no cabe duda de que el establecimiento de redes más eficaces en la manera que he descrito nos permitirá extender los beneficios de la educación superior jesuita más universalmente en el mundo de hoy.

III. Ministerio académico

En cierto sentido, lo que he descrito hasta ahora como desafíos que este mundo globalizado plantea para la educación superior jesuita, corresponden a dos de las tres funciones clásicas de la universidad. En tanto que las universidades son lugares de instrucción, he hecho hincapié en la necesidad de promover profundidad de pensamiento e imaginación. En la medida que las universidades sean centros de servicio, los he invitado a trabajar con mayor determinación en la creación de redes internacionales centradas en importantes intereses supranacionales. Queda la función de investigación, la genuina búsqueda de la verdad y el conocimiento, pero que hoy día se le llama con frecuencia “producción de conocimientos”, un tema que en el mundo académico actual ha generado mucha discusión sobre aspectos como los modos de investigación y su comunicación, los centros de producción de conocimientos, áreas de estudio y propósitos de investigación.

Estoy seguro de que ustedes estarán de acuerdo en que si somos fieles a nuestro patrimonio ignaciano, la investigación en nuestras universidades debe concebirse siempre en términos de lo que la XXXIV Congregación General llama “ministerio académico” o “apostolado intelectual” (éste término es jerga jesuita. Un punto tangencial pero importante que cabe señalar es que el apostolado intelectual, a veces un término confuso, se aplica a todas las obras y apostolados jesuitas).

Todas las virtudes del ejercicio riguroso del intelecto son necesarias: “aprendizaje e inteligencia, imaginación e ingeniosidad, estudios sólidos y análisis riguroso”⁸. Sin embargo, siempre es “ministerio” o “apostolado” al servicio de la fe, de la Iglesia, de la familia humana y del mundo creado que Dios desea acercar más y más al ámbito de su Reino de vida y amor. La investigación siempre está dirigida a mejorar las vidas de las personas, no es simplemente una abstrusa conversación entre miembros de un excluyente grupo de élite. Insisto en que estoy seguro de que si fuera a enumerar todo el trabajo académico serio y análisis en las universidades jesuitas para abordar “los graves problemas contemporáneos” que el Papa Juan Pablo II enumera en *Ex Corde Ecclesiae* – “la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia para todos, la calidad de la vida personal y familiar, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz y la estabilidad política, una distribución más equitativa de los recursos del mundo, y un nuevo orden económico y político que sirva mejor a la comunidad humana en el plano nacional e internacional”⁹ – como decía, si fuera a enumerar todo

lo que se está realizando ¡el tiempo que tengo asignado no sería suficiente y tanto ustedes como yo nos desmayaríamos en el proceso!

En consonancia con mi enfoque durante esta reflexión, ahora me gustaría preguntar cuáles son los desafíos que la globalización plantea al “ministerio académico” de investigación en las universidades jesuitas. Propongo dos.

Primero, un importante desafío al ministerio académico de nuestras universidades hoy día proviene de que la globalización ha creado “sociedades de conocimiento” en las que las personas, culturas y sociedades dependen enormemente del acceso al conocimiento para su desarrollo. La globalización ha creado nuevas desigualdades entre aquéllos que gozan del poder que les da el conocimiento y los que están excluidos de sus beneficios porque no tienen acceso a ese conocimiento. De ahí que sea necesario preguntar ¿quiénes se benefician del conocimiento producido en nuestras instituciones y quiénes no? ¿Quiénes necesitan el conocimiento que podemos compartir y cómo lo podemos compartir con mayor eficacia con aquéllos para quienes este conocimiento marca verdaderamente una diferencia, sobre todo los pobres y excluidos? Necesitamos, asimismo, plantear algunas preguntas específicas a miembros del claustro de profesores y estudiantes ¿cómo se han convertido en la voz de los sin voz, fuentes de derechos humanos para aquéllos a los que se les niegan esos derechos, recursos de protección del medio ambiente, personas solidarias con los pobres? Y podríamos seguir enumerando preguntas.

A este respecto, el trabajo en marcha de “*Jesuit Commons*” (la red para la solidaridad mundial con las obras sociales de los jesuitas), que analizarán mañana es de suma importancia y exigirá un apoyo y compromiso más serios de nuestras universidades si se ha de lograr su ambicioso sueño de promover mayor igualdad de acceso al conocimiento para fines de desarrollo de personas y comunidades.

Segundo, nuestro mundo globalizado ha visto la propagación de dos “ismos” rivales: por un lado, una “cultura mundial” dominante marcada por un secularismo agresivo, según el cual la fe no tiene nada que decir al mundo y sus grandes problemas (y que a menudo afirma que la religión es incluso uno de los mayores problemas del mundo); por el otro lado, el resurgimiento de varios fundamentalismos, por lo general reacciones temerosas o coléricas a la cultura mundial postmoderna, que escapa a la complejidad refugiándose en una cierta “fe” divorciada de la razón humana o que no se rige por ésta¹⁰. Como señala el Papa Benedicto, tanto “el secularismo como el fundamentalismo excluyen la posibilidad de un diálogo fructífero y una cooperación efectiva entre la razón y la fe religiosa”¹¹.

La tradición jesuita de ministerio académico, a manera de contraste, siempre ha combinado una saludable apreciación de la razón, pensamiento y cultura humana, por un lado, y un profundo compromiso con la fe, el Evangelio y la Iglesia, por el otro. Este compromiso comprende la integración de fe y justicia en un diálogo entre religiones y culturas. La formación de los primeros jesuitas, por ejemplo, incluía el estudio de autores paganos de la antigüedad, las artes creativas, la ciencia y las matemáticas, al igual que rigurosos estudios de teología. Sólo se necesita examinar la vida y los logros de Matteo Ricci cuyo cuarto centenario de muerte conmemoramos este año, para ver cómo esta formación que integraba armoniosamente fe y razón, Evangelio y cultura, produjo frutos tan creativos.

Muchas personas responden “por favor no me compare con Matteo Ricci. Él era un genio”. Si bien me doy por enterado, al mismo tiempo la formación que recibió le brindó las herramientas para desarrollar su genio. La pregunta es si la formación que brindamos hoy día ofrece estas herramientas. ¿Estamos así de integrados? ¿Mantenemos una mente igual de abierta en nuestra formación?

A medida que se propagan el secularismo y el fundamentalismo, creo que nuestras universidades están llamadas a encontrar nuevas formas de renovar con creatividad este compromiso con el diálogo entre fe y cultura que siempre ha sido una marca distintiva del ministerio académico de los jesuitas. Ésta ha sido la misión que nos confiara el Papado en nombre de la Iglesia. En 1983, durante la XXXIII Congregación General, el Papa Juan Pablo II solicitó a la Compañía que “profundizara en la investigación de las ciencias sagradas y, en general, incluso en la cultura secular, sobre todo en el campo científico y literario”. Éste fue el más reciente llamado del Papa Benedicto XVI a la Compañía de Jesús, sus colaboradores y sus instituciones durante la XXXV Congregación General. El Santo Padre afirmó que la misión de la Compañía de Jesús en la Iglesia estaba “en las fronteras”, en esos lugares geográficos y espirituales donde otros no llegan o encuentran difícil llegar” e identificaba como fronteras en especial esos lugares donde convergen “la fe y el conocimiento

humano, la fe y la ciencia moderna, la fe y la lucha por la justicia”. Como señalaba el Papa Benedicto “ésta no es una tarea simple” (Carta No. 5) sino que exige “valor e inteligencia, y un profundo sentido de estar “enraizado en el propio corazón de la Iglesia”¹².

Estoy convencido de que la Iglesia pide este compromiso intelectual de la Compañía porque el mundo de hoy necesita ese servicio. La posición irrazonable del fundamentalismo distorsiona la fe y promueve la violencia en el mundo, como muchos de ustedes sabe por experiencia. La voz desdeñosa del secularismo impide que la Iglesia ofrezca al mundo la sabiduría y los recursos que el rico patrimonio teológico, histórico y cultural del catolicismo puede aportar al mundo. ¿Pueden las universidades jesuitas de hoy continuar con energía y creatividad el legado del ministerio académico jesuita y construir puentes intelectuales entre Evangelio y cultura, fe y razón, para el bien del mundo y sus grandes interrogantes y problemas?

Conclusión

En consonancia con la tradición jesuita, el momento ha llegado de *repetitio*, de resumir. He querido reflexionar con ustedes sobre los desafíos que la globalización plantea a las universidades jesuitas como instituciones de enseñanza, servicio e investigación. Primero, en respuesta a la globalización de la superficialidad, creo que necesitamos estudiar con mayor profundidad el mundo cultural emergente de nuestros estudiantes y encontrar maneras creativas de fomentar profundidad de pensamiento e imaginación, una profundidad que es transformadora de la persona. Segundo, a fin de maximizar el potencial de las nuevas posibilidades de comunicación y cooperación, insto a las universidades jesuitas a trabajar por que se establezcan redes operativas internacionales que aborden importantes temas tocantes a la fe, la justicia y la ecología, los cuales plantean desafíos en los distintos países y continentes. Por último, les animo a buscar formas creativas de compartir los frutos de la investigación con los excluidos para contrarrestar la desigualdad de la distribución del conocimiento; y en respuesta a la propagación mundial del secularismo y fundamentalismo, invito a las universidades jesuitas a renovar su compromiso con la tradición jesuita de ministerio académico como mediación entre fe y cultura.

Desde cierto punto de vista, pienso que pueden escuchar todo lo que he dicho y demostrar que la orientación compartida ya se intenta o incluso se ha logrado con éxito en sus universidades. En este caso, pueden interpretar mis palabras como una especie de invitación al “*magis*” de Ignacio para forjar un nuevo mundo, como un llamado a mejorar algunos aspectos, por decirlo así, de las iniciativas existentes, y la solicitud de hacer mejor o más de lo que ya estamos haciendo o intentando hacer. Pienso que ésta es una manera válida de aceptar estos desafíos.

No obstante, quisiera finalizar con una invitación a que dediquemos un momento a examinar una pregunta quizá todavía más fundamental que me he venido planteando a mi mismo y a otros durante los últimos dos años: ¿si Ignacio y sus primeros compañeros tuvieran que crear la Compañía de Jesús otra vez en la actualidad, seguirían aceptando que las universidades son un ministerio de la Compañía?

Ya en 1995, la XXXIV Congregación General observó que las universidades crecían en tamaño y complejidad, al mismo tiempo que los jesuitas disminuían en número en las universidades. En 1995, cuando la XXXIV Congregación General mencionó la disminución de jesuitas en las universidades había alrededor de 22,850 en el mundo. Hoy, en 2010, hay unos 18,250, es decir 4,600 menos. No necesito más estadísticas para indicar la dimensión de este desafío. Estoy muy consciente y agradecido porque en los últimos 15 años se ha trabajado con creatividad y eficacia para fortalecer la identidad católica e ignaciana de nuestras instituciones; crear estructuras participativas de gobierno y compartir nuestro patrimonio espiritual, misión y liderazgo con nuestros colaboradores. También estoy muy consciente y contento de ver cómo nuestros colegas se han convertido en verdaderos colaboradores, en verdaderos socios, en la misión de educación superior y el ministerio de la Compañía. Éstos son logros maravillosos de los cuales las universidades pueden estar orgullosas y es preciso que continúen en la medida que el número de jesuitas sigue declinando.

Creo que necesitamos continuar, incluso aumentar, estos loables esfuerzos para mejorar la educación, preparación y participación de colaboradores laicos en la dirección y trabajo de las instituciones jesuitas. Puedo decir con honestidad que ésta es una de las fuentes de mi esperanza en el servicio de la Compañía y de la Iglesia. Si nosotros los jesuitas estuviéramos solos, quizá veríamos el futuro con abatimiento, pero con el profesionalismo, compromiso y profundidad de nuestros colaboradores laicos, podemos continuar soñando,

empezando nuevas iniciativas y progresando juntos. Necesitamos continuar e incluso aumentar estos loables esfuerzos.

Creo que una de las maneras fundamentales, quizá la *más* fundamental, de tratar con lo anterior es colocarnos en el espacio espiritual de Ignacio y los primeros compañeros, y con su energía, creatividad y libertad, plantear la pregunta básica de nuevo: ¿Cuáles son las necesidades de la Iglesia y de nuestro mundo, donde somos más necesarios, dónde y cómo podemos servir mejor? Estamos en esto juntos y eso es lo que debemos recordar en vez de preocuparnos acerca de la sobrevivencia de los jesuitas. Les invito por unos momentos a pensar en ustedes mismos no como presidentes o gerentes generales de grandes instituciones, administradores o académicos, sino como cofundadores de un nuevo grupo religioso, que disciernen el llamado de Dios como órgano apostólico de la Iglesia. En este mundo globalizado, con todas sus luces y sombras ¿dirigir todas estas universidades seguiría - o cómo seguiría - siendo la mejor manera de responder a la misión de la Iglesia y las necesidades del mundo? O quizá la pregunta debería ser ¿qué tipo de universidades dirigiríamos, con qué énfasis y en qué dirección si volviéramos a fundar la Compañía de Jesús en el mundo de hoy? En todas mis visitas a todos los jesuitas los invito a recrear la Compañía de Jesús porque pienso que cada generación tiene que recrear la fe, recrear el proceso, recrear las instituciones. Éste no es sólo un buen deseo, pues si perdemos la capacidad de recrear hemos perdido el espíritu.

En los Evangelios encontramos a menudo “finales inacabados”: el final original del Evangelio de Marcos, con las mujeres que no dicen una palabra acerca del mensaje del ángel en la tumba; el final de la parábola del hijo pródigo, que finaliza con una pregunta sin respuesta del padre al hermano mayor. Estos finales ambiguos pueden ser perturbadores y estar precisamente destinados a provocar interrogantes y respuestas fundamentales, más profundas. De ahí que tenga buenos antecedentes para concluir mi charla de esta manera inacabada. Espero haberlos motivado a reflexionar acerca de si los desafíos que he abordado esta mañana tratan sobre cómo mejorar nuestras instituciones, misión y ministerio para ayudar a moldear un mundo más humano, justo, lleno de fe y sostenible, o si son llamados, en cierto sentido, a refundar lo que Ignacio llamó “las universidades de la Compañía”.

Notas

¹ *Caritas in Veritate*, n. 33.

² Rev. Peter-Hans Kolvenbach, S.J. “El servicio de la Fe y la promoción de la justicia en la educación superior jesuita en EEUU” conferencia en la Universidad de Santa Clara, 6 de octubre de 2000. Véase también Kolvenbach “la universidad jesuita a la luz del carisma ignaciano”, conferencia inédita de la reunión internacional sobre la educación superior jesuita en Roma.

³ GC 35, Decreto 2, n. 20.

⁴ *Ex Corde Ecclesiae*, n. 32.

⁵ GC35, Decreto 3, n. 43.

⁶ GC35, Decreto 2, n. 20.

⁷ *Constituciones de la Compañía de Jesús*, n. 440.

⁸ GC 34, Decreto 26, n. 20.

⁹ *Ex Corde*, *ibid.*

¹⁰ Cf. GC 35, Decreto 3, n. 10, n.20.

¹¹ *Caritas in Veritate*, n. 56.

¹² GC 35, Decreto 1, n. 13.

Presentación de Adolfo Nicolás, S.J.

Adolfo Nicolás, S.J., Superior General de la Compañía de Jesús, es el vigésimo noveno sucesor de San Ignacio. Deseo hablar sobre tres aspectos que definen su personalidad.

Ciudadano del mundo

Nacido y criado en España. Educado en España, Japón y Roma. Vivió la mayor parte de su vida en la región Asia-Pacífico, y ahora es un líder mundial en Roma. Después de terminar sus estudios de filosofía en Alcalá, se fue a Japón para sumergirse en el idioma y la cultura japonesa. Estudió teología en la Universidad de Sofía y fue ordenado en Tokio en 1967. Continuó después sus estudios de posgrado en teología en la Universidad Gregoriana en Roma.

Adolfo Nicolás, S.J. es una persona con una cosmovisión que une lo mejor de la cultura asiática y occidental. Al mismo tiempo, es alguien que entiende y aprecia cada cultura representada en este salón, al igual que la importancia de cada una. Conoce y habla con profundo conocimiento de la espiritualidad en oriente y occidente, los desafíos del desarrollo económico, los problemas de las sociedades pudientes y empobrecidas, y la inquietud por la relación entre el norte y el sur.

Con sus vastos conocimientos y experiencia nos ofrece nuevas perspectivas e inspira nuevas formas de pensar y actuar para contribuir a formar un mundo globalizante.

Ciudadano de la Iglesia

Se unió a la Compañía de Jesús en el noviciado ubicado en un pequeño pueblo cerca de Madrid. Después de sus estudios en Roma, regresó a Japón como profesor de teología. Después ha ocupado varios cargos de dirección, entre los cuales están el de director del Instituto Pastoral de Manila, Filipinas; rector de jóvenes asiáticos estudiantes de teología; provincial de la provincia japonesa, y presidente de la Asistencia de Asia Oriental – Oceanía, ahora Asistencia de Asia-Pacífico.

Como teólogo y persona espiritual de gran profundidad e imaginación, es un líder con extraordinaria energía y visión al servicio de la Iglesia y el Papa, al igual que del Pueblo de Dios. Con su experiencia de trabajo de varios años en la atención pastoral a los pobres en Filipinas y a los trabajadores migratorios en Asia, aporta a su cargo un interés especial – un amor preferencial – en los pobres.

Nos ofrece sus percepciones sobre un mundo secular cada vez más complejo y formas de abordar los desafíos del secularismo global, del nuevo ateísmo del mundo desarrollado, de la pobreza de la desigualdad y la superficialidad de la globalización.

Compañero de Jesús, amigo del Espíritu y persona de Dios

Como miembro de la XXXV Congregación General, observé a cada elector saludarlo y abrazarlo. Podíamos experimentar una inmensa alegría y sentido de paz en el aula. Alegría y paz son las cualidades que integra a su vida, en su función de Superior General y como un líder servidor excepcional.

Alegría describe su presencia, una alegría que proviene de su profundidad y fe permanente en sus semejantes y en Dios. Asimismo, la paz describe su presencia, una paz que proviene de un compromiso claro y firme con la justicia que se puede notar en las palabras y acciones de los antiguos profetas y Jesús. Muchos ven en él numerosas cualidades, como afecto y humor, energía y dedicación a la oración, inteligencia, prudencia, compasión e imaginación, y una acuciosa capacidad para interpretar “los signos de nuestro tiempo”.

Es fácil verlo como un compañero de Jesús, amigo del Espíritu en y para el mundo del siglo XXI, que nos reta a vivir verdaderamente una justicia de fe con paz y alegría.

Paul Locatelli, S.J.
Secretario de Educación Superior
Compañía de Jesús
23 de abril de 2010